

perder tiempo para juntarse con Miranda y marcharon sobre Saint-Tron á donde este se dirigia por su lado. Fué tan precipitada la retirada que se perdió una parte de la artilleria , pero con todo se consiguió en medio de grandes peligros reunirse en Saint-Tron. Lamarlière y Champmorin, que estaban situados en Ruremunda, tuvieron tiempo para ir por Dietz al mismo punto. Stengel y Neuilly , que estaban enteramente separados del ejército y se vieron impelidos hacia Limburgo , fueron acogidos en Namur por la division del general d'Harville. Finalmente , reunidas nuestras tropas en Tirlémont , recobraron algun sosiego y seguridad , y esperaron la llegada de Dumouriez , por quien todos estaban clamando.

Apenas supo este la primera derrota cuando mandó á Miranda que reuniera toda su gente en Maestrich y continuara tranquilamente el sitio con 70 mil hombres ; estando persuadido á que los Austriacos no se atreverian á dar la batalla , y que la invasion de la Holanda no tardaria en obligar á los coaligados á retroceder. Este modo de pensar era exacto y fundado en la idea cierta de que en caso de una ofensiva recíproca la victoria es del que puede aguardar mas , y se justificaba plenamente aquella opinion con la conducta tímida de los Imperiales , que no querian adelantarse sobre ningun punto , pero el descuido de los

generales que no se concentraron bastante pronto , su turbacion despues del ataque , la imposibilidad en que estaban de reunirse en presencia del enemigo , y sobre todo la ausencia de un hombre de superior autoridad é influjo hacian imposible la ejecucion de la órden dada por Dumouriez. Le escribieron pues cartas sobre cartas para que volviese de Holanda , y era tan general el terror , que mas de 10 mil desertores habian abandonado ya el ejército y se habian derramado por el interior. Echaron á correr á Paris los comisarios de la convencion , é intimaron á Dumouriez la órden de que dejase á otro el cuidado de concluir la espedicion intentada sobre Holanda y volviese al instante á ponerse al frente del ejército del Mosa. Recibió esta órden el dia 8 de marzo y se puso en camino el 9 con el dolor de ver desvanecidos todos sus proyectos. Volvió mas dispuesto que nunca á criticarlo todo en el sistema revolucionario que se habia introducido en Bélgica , y echar la culpa á los jacobinos del mal éxito de sus planes de campaña ; y en verdad que no faltaba materia para quejarse , porque los agentes del poder ejecutivo ejercian en Bélgica una autoridad despótica y vejatoria , habiendo sublevado en todas partes al populacho , y empleado muchas veces la violencia en las asambleas , donde se decidia la reunion á la Francia. Se habian apoderado de la plata de las



iglesias, secuestrado las rentas del clero, confiscado los bienes de los nobles, y escitado la mas viva indignacion en todas las clases de la nacion belga, á punto de que ya habia principiado á manifestarse una insurreccion contra los Franceses hácia Grammont.

No se necesitaban hechos tan graves para escitar á Dumouriez á que tratara severamente á los comisarios del gobierno, y así principió por mandar arrestar á dos de ellos y conducirles con escolta á Paris. Habló á los demas con la mayor altivez, haciéndolos que se limitaran á sus funciones, prohibiéndoles que se mezclaran en las disposiciones militares de los generales, y en dar órdenes á las tropas que se hallaban en la estension de su comisariato. Destituyó al general Moreton que habia hecho causa comun con ellos. Cerró los clubs y mandó devolver una parte de los muebles cogidos en las iglesias, añadiendo á estas disposiciones una proclama en nombre de la Francia desaprobando las vejaciones que se habian cometido. En ella designaba á sus autores con el nombre de *Vergantes*, y desplegó una dictadura, que al paso que le ganaba el afecto de la Bélgica y hacia que fuese mas segura la permanencia del ejército frances en el pais, escitó en el mas alto grado la cólera de los jacobinos. En efecto tuvo con Camus una discusion bastante acalorada en que se

esplicó con desprecio del gobierno del dia, y olvidando la suerte de Lafayette y contando con demasiada ligereza con la fuerza militar, se condujo como un general que estaba cierto de poder, si queria, hacer retroceder á la revolucion, y bastante dispuesto á quererlosi le estrechaban demasiado. Ese mismo espíritu se habia propagado á su estado mayor, donde se hablaba con desden de aquel populacho que gobernaba á Paris, y de los imbéciles convencionales que se dejaban oprimir por él; se trataba mal ó se alejaba de alli á todos los que pasaban por jacobinos, y los soldados gozosos de volver á ver á su general en medio de ellos, afectaban en presencia de los comisarios de la convencion parar su caballo, besarle las botas y darle el nombre de padre suyo.

Estas noticias escitaron gran tumulto en Paris y provocaron nuevos gritos contra los traidores y contrarrevolucionarios, dando lugar á que inmediatamente reclamase el diputado Chaudieu, como lo habia hecho frecuentemente, que se hiciera salir de Paris á los confederados. Esta misma demanda se repetia á cada mala noticia que llegaba de los ejércitos, y aunque quiso tomar la palabra sobre ello Barbaroux, su sola presencia escitó un alboroto desconocido hasta entonces. En vano quiso Buzot hacer valer la firmeza con que los de Brest habian contenido los saqueos, y solo obtuvo



Boyer Fonfrede,<sup>40</sup> como por una especie de transaccion, que los confederados de los departamentos marítimos irian á completar el ejército que aun estaba demasiado débil en las costas del Oceano. Los demas conservaron la facultad de permanecer en Paris.

Al dia siguiente 8 de marzo mandó la convencion á todos los oficiales que fuesen á reunirse á sus cuerpos, y propuso Danton que se les diese á los Parisienses otra nueva ocasion de salvar la Francia, diciendo: « Pedidles 30 mil hombres, « enviádselos á Dumouriez, y no solo tenemos segura la Bélgica, sino conquistada la Holanda. » En efecto no era difícil sacar 30 mil hombres de Paris, que serian un buen socorro para el ejército del norte y darian nueva importancia á la capital. Propuso tambien Danton que se enviasen comisarios de la convencion á los departamentos y á las secciones para acelerar el alistamiento por todos los medios posibles, cuyas proposiciones fueron todas adoptadas. En aquella misma tarde tuvieron orden las secciones de reunirse, y se enviaron á ellas los comisarios nombrados, cerrándose los teatros para impedir toda distraccion, y se enarboló la bandera negra en la casa de la ciudad en señal de pesar.

Verificóse en efecto la reunion aquella tarde y fueron muy bien recibidos los comisarios en las

secciones, porque estaban acalorados los ánimos y bien acogida la proposicion de marchar al instante á los ejércitos. Pero sucedió lo que ya habia sucedido en los dias dos y tres de setiembre, que fue solicitar antes de partir que fuesen castigados los traidores, teniendo ya en aquella época una cantilena comun, cual era la de que no querian dejar á sus espaldas unos conspiradores dispuestos á degollar las familias de los ausentes. Se tuvo pues por indispensable, para evitar nuevas ejecuciones populares, organizar otras legales y terribles que alcanzasen, sin lentitud ni apelacion, á los contrarrevolucionarios y conspiradores ocultos, que amenazaban por dentro á la revolucion, que ya estaba tan amenazada por fuera. Era preciso suspender la cuchilla sobre la cabeza de los generales, de los ministros y de los diputados infieles que comprometian la salud pública, y no era justo ademas que los ricos egoistas que no gustaban del régimen de la igualdad, y á quienes importaba poco pertenecer á la convencion ó á Brunswick y que por tanto no se presentaban á llenar los cuadros del ejército, no era justo, digo, que permaneciesen estraños á la causa pública sin hacer nada por ella. En consecuencia todos los que tenian mas de 6 mil reales de renta debian pagar un impuesto proporcionado á sus medios, y suficiente para indemnizar á los que tomaban



sobre si todos los gastos de la campaña. Este doble deseo de un tribunal nuevo que habia de crearse contra el partido enemigo y de una contribucion sobre los ricos en favor de los pobres que iban á batirse, fué casi general en las secciones. Muchas de ellas vinieron á espresarle en el ayuntamiento como igualmente lo hicieron por su parte los jacobinos, de suerte que al dia siguiente se encontró la convencion con una opinion tan universal como irresistible.

En efecto el dia despues, 9 de marzo, se hallaban presentes en la sesion todos los diputados de la Montaña, y las tribunas estaban atestadas de jacobinos, habiendo echado de allí á todas las mugeres, porque, segun decian, *era preciso hacer una expedicion*. Muchos de ellos iban armados de pistolas, de lo que quiso quejarse el diputado Gamon <sup>11</sup> pero no fué escuchado, como que resueltas la Montaña y las tribunas á intimidar á la mayoria, estaban decididas á no sufrir ninguna resistencia. Se presentó el corregidor con el consejo del ayuntamiento y confirmó el informe de los comisarios de la convencion acerca del celo de las secciones, pero repitiendo el mismo deseo de un tribunal extraordinario y de un impuesto sobre los ricos. Al ayuntamiento sucedieron una multitud de secciones, que pedian las mismas cosas, y algunas añadian la demanda de una ley contra los acapa-

radores, el *máximum* en los precios de los géneros, y que se anulase el decreto que calificaba de mercancia la moneda metálica y permitia que circulase á diferente precio que el papel. Despues de todas estas peticiones se insistió en que se pusiesen á votacion las medidas propuestas, principiando por la creacion de un tribunal extraordinario. Opusieron á él algunos diputados y entre ellos Lanjuinais pidió que á lo menos, ya que absolutamente se queria consagrar la iniquidad de un tribunal sin apelacion, se limitase aquella calamidad á solo el departamento de Paris. Guadet y Valazé hicieron varios esfuerzos para apoyar á Lanjuinais, pero fueron brutalmente interrumpidos por la Montaña, queriendo algunos diputados que aquel tribunal tomase el nombre de *revolucionario*. Pero la convencion, sin permitir mas larga discusion, decretó la creacion de un tribunal *criminal extraordinario* para juzgar sin apelacion y sin recurso al tribunal de casacion, los conspiradores y contrarrevolucionarios, encargando á la comision de legislacion que presentase al dia siguiente un proyecto para organizarle.

Inmediatamente despues de este decreto se espidió otro imponiendo á los ricos una contribucion extraordinaria de guerra; otro que organizaba 41 comisiones de á dos diputados cada una, encargados de ir á los departamentos para acelerar



el alistamiento por todos los medios posibles, desarmar á los que no quisiesen marchar, arrestar á los sospechosos, apoderarse de todos los caballos de lujo, y por último para ejercer en ellos la mas absoluta dictadura. A estas providencias se añadieron tambien otras que fueron el que las becas (bourses) gratuitas de los colegios no pertenecieran en adelante mas que á los hijos de los que hubiesen servido en los ejércitos: que todos los solteros que estaban trabajando en las oficinas fuesen reemplazados por padres de familia, que quedaba abolido el derecho de arrestar á nadie por deudas, como lo habia sido pocos dias antes el derecho de testar. Todas estas medidas fueron tomadas á propuesta de Danton, que conocia perfectamente el arte de interesar al pueblo en la causa de la revolucion.

Satisfechos los jacobinos con aquella jornada se fueron corriendo á su club á aplaudirse á si mismos del celo que habian mostrado, del modo con que habian preparado las tribunas, y de la imponente reunion que ofrecian los apretados bancos de la Montaña. Procuraron recomendarse unos á otros la continuacion de aquella conducta y estar todos presentes en la sesion del dia siguiente en que debia organizarse el tribunal extraordinario, diciendo que asi se lo habia encargado Robespierre. Sin embargo no estaban todavia satis-

fechos de lo que habian conseguido, y uno de ellos propuso redactar una peticion en que se solicitase la renovacion de las comisiones y del ministerio, el arresto de todos los empleados en el instante mismo en que se les destituyese, el de todos los administradores de correos y el de los periodistas contrarevolucionarios. Quiso inmediatamente hacerse la peticion, pero observó el presidente que la sociedad no podia ejercer ningun acto colectivo, y asi se convino en trasladarse á otro sitio para reunirse en calidad de simples peticionarios. Entonces se derramaron por Paris, donde habia bastante tumulto unos cien individuos, que eran los promovedores ordinarios de todos los desórdenes y conducidos por Lazouski se fueron á casa del diarista Gorsas, armados de sables y pistolas y le rompieron sus prensas. Gorsas se habia huido y no pudo salvar la vida sino defendiéndose con mucho valor y presencia de ánimo. Lo mismo hicieron en casa del editor de la *Crónica* cuya imprenta saquearon igualmente.

Todavía amenazaba ser mas tempestuoso el dia siguiente 10 que era domingo, y se habia preparado en la seccion de la Alóndiga una comida para festejar á los alistados que iban á salir para el ejército, siendo de temer que la ociosidad del pueblo y la agitacion de un festin le condujesen á los mas siniestros proyectos. Llenóse como el dia



anterior la sala de la convencion, y tanto en las tribunas como en la Montaña estaban igualmente apretados y tan amenazadoras las filas. Se abrió la discusion con algunos negocios de poca importancia y se trató de una carta de Dumouriez, apoyando Robespierre las proposiciones del general y pidiendo que se pudiese en acusacion á Lanoue<sup>12</sup> y á Stengel, que ambos mandaban la vanguardia cuando se verificó la última derrota. Inmediatamente se decretó la acusacion y luego se trató de que marchasen los diputados comisionados para el alistamiento. Mas como era necesario su voto para asegurar la creacion del tribunal extraordinario, se decidió que se organizaria en el dia mismo y al siguiente marcharian los comisarios. Al instante pidió Cambaceres<sup>13</sup> la organizacion del tribunal extraordinario y la del ministerio; pero lanzándose Buzot á la tribuna, fué interrumpido con violentos murmullos y dijo: «Esos murmullos me dicen lo que yo ya sabia, esto es, que se necesita valor para oponerse al despotismo que se nos prepara. Renováronse los murmullos, y continuó. — Yo os abandono mi vida, pero quiero salvar mi memoria de la deshonra oponiéndome al despotismo de la convencion nacional. Se pretende que refundais en vuestras manos todos los poderes.» — Lo que se necesita es obrar y no charlar, dijo una voz. — «Teneis razon, replicó Buzot; tambien los publi-

«cistas de la monarquia decian que era necesario obrar, y que por consecuencia el gobierno despotico de uno solo era el mejor.....» — Armóse nuevo bullicio y empezó á reinar la confusion en la asamblea, hasta que al fin se convino en diferir la organizacion del ministerio y no ocuparse actualmente mas que del tribunal extraordinario, y asi se pidió el informe de la comision. Mas no estando redactado todavia, se pidió á lo menos el proyecto en que se hubiese convenido y le leyó Roberto Lindet<sup>14</sup> deplorando su severidad, y he aqui lo que propuso con el tono del mas vivo dolor: estará compuesto el tribunal de 9 jueces nombrados por la convencion, independientes de toda fórmula, adquiriendo la conviccion por cualquier medio, divididos en dos secciones siempre permanentes, persiguiendo á instancias de la convencion ó directamente á los que por su conducta, ó la manifestacion de sus opiniones, hubiesen intentado estraviar al pueblo, á los que por los empleos que ocuparon en el antiguo régimen, recuerden las prerogativas usurpadas por los déspotas.

Al oír la lectura de aquel espantoso proyecto, empezaron á resonar aplausos en el lado izquierdo, mientras que en el derecho se manifestó la mayor agitacion. — Primero morir, gritó Vergniaud, que consentir en fundar esa inquisicion



veneciana.—Pues el pueblo necesita esa medida de salvacion, replicó Amar <sup>15</sup> ó una insurreccion.— « Mi aficion al poder revolucionario, dijo Cam-  
« bon, es demasiado conocida para que yo necesite  
« probarle, pero si el pueblo se ha engañado en  
« las elecciones, tambien nosotros podriamos equi-  
« vocarnos en la de los 9 jueces, y entonces serian  
« insoportables los tiranos que nos habriamos im-  
« puesto á nosotros mismos. » — Ese tribunal gri-  
tó Duhem <sup>16</sup> es todavia demasiado suave para los  
iniciuos y contrarevolucionarios.— Se prolonga el  
tumulto y se consume el tiempo en amenazas, ul-  
trages y gritos de toda especie. Asi le queremos,  
gritan unos; de ningun modo, vocean otros. Bar-  
rere propone que haya jurados y sostiene que son  
de toda necesidad. Turreau <sup>17</sup> pide que solo se eli-  
jan en Paris mientras que Boyer-Fonfrede exige  
que sea en toda la república, porque aquel tri-  
bunal tendrá que juzgar crímenes cometidos en  
los departamentos, en los ejércitos y en todas  
partes. Asi se pasó el dia y ya se iba acercando la  
noche, cuando el presidente Gensonné resumió las  
diferentes proposiciones y se preparó á ponerlas  
á votacion, viendo que la asamblea estaba cansa-  
da y dispuesta á ceder á tanta violencia, en ter-  
minos que los miembros de la Llanura empezaban  
á desertar el campo; mas la Montaña para acabar  
de intimidarlos, pidió que la votacion se hiciese

en voz alta.— Si, gritó indignado Feraud <sup>18</sup>, si, vo-  
temos en alta voz, para que no ignore el mundo  
quienes son los hombres que quieren asesinar la  
inocencia á la sombra de la ley.— Este apóstrofe  
tan vehemente reanimó al lado derecho y al cen-  
tro, y contra todas las apariencias declaró la ma-  
yoría: 1.º que habria jurados; 2.º que se elegirian  
á número igual en todos los departamentos; 3.º  
que serian nombrados por la convencion.

Despues de resueltas aquellas tres proposiciones  
dió Gensonné una hora de descanso á la asamblea,  
que estaba cansadísima y los diputados se levan-  
taron para retirarse cuando elevando la voz Dan-  
ton, dijo: « Yo intimo á los buenos ciudadanos  
« que permanezcan en su puesto » y al oír aquella  
terrible voz todos volvieron á sentarse y él continuó:  
« cuando Miranda puede ser batido en este mo-  
« mento y Dumouriez cortado por la espalda y obli-  
« gado á rendirse ¿os parece el instante oportuno  
« para abandonar vuestro puesto? \* Es necesario  
« terminar de una vez las leyes extraordinarias que  
« han de poner espanto á vuestros enemigos inte-  
« riores; y es indispensable que sean arbitrarias  
« porque es imposible hacerlas juiciosas, y porque  
« por terribles que sean, siempre son preferibles á

\* Se ignoraba entonces que Dumouriez hubiese abando-  
nado la Holanda para volver al Mosa.